

EVANGELIZACIÓN Y CULTURA DE LA GAUDIUM ET SPES A LOS DESAFÍOS ACTUALES

EVANGELIZATION AND CULTURE IN GAUDIUM ET SPES IN RELATION TO CURRENT CHALLENGES

Jorge Mendoza Valdebenito¹

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso-Chile

Resumen

La cultura, como tema emergente y de cada vez mayor relevancia en la misión evangelizadora de la Iglesia, tiene un desarrollo particular en los pontificados posteriores al Concilio Vaticano II. Los énfasis en distintos aspectos terminan por conformar un tratamiento pastoral de la cultura y un llamado de alerta sobre su influencia y presencia en los procesos sociales.

Palabras clave: Rol humanizador, inculturación del Evangelio, evangelización de la cultura, secularización, ateísmo, modernidad, sentido de la vida, globalización.

Abstract

Culture, as an emerging topic in the evangelising missionary work of the Church, developed distinctively in the pontificates after the Second Vatican Council. The emphasis on the different aspects led to a pastoral treatment of culture and a warning call about its influence and presence in social processes.

Keywords: Humanizing role, Gospel enculturation, culture evangelisation, secularisation, atheism, modernity, life sense, globalization.

¹ Profesor de Historia, Geografía y Ciencias Sociales, Universidad católica de Valparaíso. Magíster en Ciencias del Desarrollo, ILADES. Profesor Titular del Instituto de Ciencias Religiosas de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Correo electrónico: jmendoza-valdebenito@gmail.com

Uno de los temas que ha tenido un largo desarrollo a partir de la *Gaudium et Spes*, es el de la cultura. En el Magisterio Universal comienza a tener importancia precisamente a partir del Vaticano II, y en particular de esta Constitución Apostólica por el tratamiento que le da como concepto y como problema y no sólo como alusión en relación con otros temas. Intentar definir de una manera precisa, exhaustiva y de aceptación universal el concepto de cultura ha resultado ser una tarea ímproba para todos los que se han dedicado al tema desde diversas disciplinas, por lo que ha quedado más bien en acuerdo que ella es una palabra polisémica, y que cada autor deberá tomar una opción respecto de cuál acepción utilizará y que esta elección estará en función de un propósito en particular². A este problema no está ajena la *Gaudium et Spes* y, por lo tanto, debe hacer su propia definición al respecto. Una de las definiciones³ que propone destaca, en primer lugar, su rol humanizador:

Es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y valores naturales. Siempre, pues, que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallan unidas estrechísimamente.

Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo, expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano⁴.

Es a partir del Concilio Vaticano II que la Iglesia inicia, en un sentido, y continúa, en otro⁵, un extenso desarrollo de la relación entre la cultura y la

² No se citan otros autores para no alejar al lector de los límites del Magisterio de la Iglesia.

³ Otras definiciones están en los números 55 y 57.

⁴ CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium et Spes*, 1965, n 53.

⁵ Son varios los documentos pontificios anteriores al Vaticano II que tocan el tema de la cultura como la encíclica *Sapientiae Christianae*, de León XIII (1890), las encíclicas *Acerbo Nimis*, *Il Fermo proposito* y la *Pascendi dominici gregis* de Pío X, las encíclicas *Ad*

evangelización –el término “cultura” aparece 91 veces en los documentos conciliares– que se traducirá finalmente en dos conceptos que hoy en día nos resultan familiares: la inculturación del Evangelio y la evangelización de la cultura. El énfasis está en que para desarrollar ambos aspectos no resulta suficiente la simple voluntad, sino que requiere de un esfuerzo por discernir, en cada cultura y en cada momento histórico-cultural, tanto las semillas del Verbo que anticipan el trabajo evangelizador como los aspectos, afirmaciones, mentalidades incluidas en las culturas que dificultan la tarea de todos los miembros de la Iglesia. A ello se refiere la *Gaudium et Spes* cuando afirma que “para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio”⁶. Con esta finalidad es que la Santa Sede cuenta, desde 1982, con el Pontificio Consejo para la Cultura.

En párrafos posteriores⁷, la *Gaudium et Spes* introduce el tema de los problemas a los cuales debe enfrentarse la Iglesia en la sociedad contemporánea, en lo referido a valorar tanto en lo positivo como en lo negativo la cultura dominante, tales como la secularización⁸ y, especialmente, el ateísmo sistemático⁹. Respecto de la secularización ella es entendida en el conflicto que plantea la cultura de la Modernidad respecto de la afirmación de la autonomía del hombre, de la sociedad y de la ciencia, la que sería menoscabada por una autoridad superior a su propia inteligencia y voluntad como lo sería, específicamente, Dios. El texto al que me estoy refiriendo¹⁰, ampliado en documentos pontificios posteriores, difiere en cuanto a que la autonomía del hombre sea menoscabada, en tanto que la autonomía le es necesaria al hombre para descubrir la verdad, siempre que tenga una referencia a la verdadera naturaleza del hombre que también considere la dimensión trascendente y espiritual.

beatissimi Apostolorum Principis, Humani generis redemptionem, Pacem Dei Munus, In praeclera y Fausto appetente die, de Benedicto XV, las encíclicas *Rerum Omnium, Studiorum ducem*, de Pío XI, las encíclicas *Summi pontificatus, Humani generis, Ecclesiae fastos y Fidei donum*, de Pío XII.

⁶ Cf. *GS*, n 4.

⁷ *Ibidem*, n 58 ss.

⁸ *Ibidem*, n 36.

⁹ *Ibidem*, n 19, 20, 21.

¹⁰ Cf. *GS*, n 36.

Respecto del ateísmo, hace distinciones entre la no creencia, el agnosticismo y el ateísmo como negación sistemática de Dios¹¹ para que el hombre pueda ser verdaderamente autónomo. En los orígenes de este fenómeno está, según la misma Gaudium et Spes, el “rebasar indebidamente los límites de las ciencias positivas, pretendiendo explicarlo todo sobre esta base puramente científica o, por el contrario, rechazando sin excepción toda verdad absoluta”¹². También es una raíz del ateísmo la reducción de la liberación del hombre a la sola esfera de lo económico o lo social¹³. Sin embargo, dos aspectos resaltan como de una valoración positiva: por una parte que no hay una descalificación de los hombres ateos ya que también ellos colaboran en la construcción del mundo¹⁴, y la cultura moderna propiamente tal ha contribuido a una mejor labor evangelizadora al permitir, gracias al progreso científico, “abrir nuevos caminos a la verdad”¹⁵.

Pablo VI y la importancia de la cultura en la labor evangelizadora

Esta línea de exploración de los nuevos desafíos que presenta la cultura a la evangelización, es ampliamente desarrollada por S.S. Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*. Su foco de atención, en lo referido a la cultura, está en la distinción que hace entre el mundo “moderno” y la sociedad “contemporánea”, ya que en el seno de la modernidad hay una tendencia, una comprensión global del entorno –que es lo que denomina “mundo”–, que la caracteriza: el secularismo o “el drama del humanismo ateo”¹⁶, que ya no es sólo una construcción teórica y abstracta sino un pragmatismo militante que se expresa tanto en las estructuras sociales como en las formas propiamente culturales con las que viven, disciernen y actúan las personas. La preocupación de Pablo VI, por consiguiente, es “tratar de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hom-

¹¹ *Ibíd.*, n 19 y 20.

¹² *Ibíd.* n 19.

¹³ *Ibíd.*, n 20.

¹⁴ *Ibíd.*, n 21.

¹⁵ *Ibíd.*, n 44.

¹⁶ PABLO VI, *Exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi*, 1975, n 55.

bres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos”¹⁷, lo que se “consigue mediante un cambio interior, que el Evangelio designa con el nombre de “metanoia”, una conversión radical, una transformación profunda de la mente y el corazón”¹⁸. En esta labor de evangelizar las culturas nos llama, sin embargo, a tener atención respecto de no identificar el Evangelio con ellas¹⁹, sino más bien a discernir las semillas del Verbo que están presentes, así como las corrientes que se oponen al mismo.

Uno de los aspectos de la relación entre evangelización y culturas –ya no como concepto abstracto sino como expresión de humanidad de diferentes grupos– es que no se puede dar una identificación de ellas con el Evangelio pero que, al mismo tiempo, no son incompatibles con el mensaje evangélico²⁰. La evangelización debe tenerlas en consideración ya que “no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social, del hombre” y en ello se incluye su cultura²¹.

El tema de la relación del Evangelio con la cultura, lo retoma desde otra óptica en la Carta Apostólica *Octogesima Adveniens* al referirse al tema de las ideologías políticas, en cuanto representan un tipo de cultura que rebasa límites y fronteras, sobreponiéndose o eliminando las culturas locales. El principal obstáculo que presentan las ideologías es su resistencia a aceptar la trascendencia²² como característica del ser humano y, por lo mismo, lo dejan anclado en la inmanencia. Por esta misma razón es que resultan difíciles de evangelizar y, por el contrario, suelen ser una distorsión de la evangelización misma cuando se asumen como único camino y método para los cambios sociales. Normalmente las ideologías tienden a constituirse en la “explicación última y suficiente de todo y construirse así un nuevo ídolo del cual se acepta, a veces sin darse cuenta, el carácter totalitario y obligatorio”²³. Al respecto resulta interesante que el Documento de Puebla denomine a las ideologías como “auténticas religiones laicas”²⁴.

¹⁷ *Ibidem*, n 18.

¹⁸ *Ibidem*, n 10.

¹⁹ *Ibidem*, n 20.

²⁰ *Ibidem*, n 21.

²¹ *Ibidem*, n 70.

²² PABLO VI, *Carta apostólica Octogesima Adveniens*, 1971, n 26.

²³ *Ibidem*, n 28.

²⁴ CELAM, *Documento de Puebla*, 1979, n 536.

Frente a los mesianismos de las corrientes ideológicas Pablo VI vuelve a insistir en ese cambio interior que permita a los hombres un “amor trascendente y, en consecuencia, una disponibilidad efectiva al servicio”²⁵. Esta disponibilidad al servicio se expresa en asumir responsabilidades y en participar en la toma de decisiones ya que “en un mundo abierto a un porvenir incierto, las decisiones de hoy condicionan ya la vida mañana”²⁶. Se trata, entonces de un cambio que no sólo afecta estructuras –económicas, políticas, sociales– sino más bien de un cambio de los corazones que alientan dichas estructuras.

Juan Pablo II. La cultura como espacio de la actividad humana

El largo pontificado de S.S. Juan Pablo II nos legó varios documentos que abordan el tema de la cultura ligándolo con las otras actividades del ser humano, sea con el trabajo, con la vida política, con la convivencia. De ahí la primera afirmación que quiero resaltar: “Toda la actividad humana tiene lugar dentro de una cultura y tiene una recíproca relación con ella”²⁷. A partir de esta afirmación es que se puede estructurar el desarrollo de su pensamiento en torno al tema. Además de la primera afirmación que se refiere al entorno cultural en que nos desenvolvemos en todas nuestras actividades, la segunda, referida a la interacción de ambas, nos dice acerca del dinamismo cultural, de la posibilidad de modificar la cultura con nuestro actuar. De esta forma nos lleva, también, a la consideración –importante en el ámbito moral– respecto que la cultura es un condicionante muy fuerte como presencia en nuestra forma de mirar y vivir, pero no un determinante que se vuelva imperativo sobre la conciencia personal²⁸.

La cualidad de ser dinámica y por lo mismo sujeta a modificaciones, es la que hace posible que sea evangelizada. La cultura, nos dice, “debe considerarse como el bien común de cada pueblo, la expresión de su dignidad, libertad y creatividad, el testimonio de su camino histórico. En concreto, sólo desde dentro y a través de la cultura, la fe cristiana llega a hacerse

²⁵ Cf. *OA*, n 45.

²⁶ *Ibidem*, 47.

²⁷ JUAN PABLO II, *Carta encíclica Centesimus Annus*, 1991, n 51.

²⁸ JUAN PABLO II, *Carta encíclica Veritatis Splendor*, 1993, n 53.

histórica y creadora de historia”²⁹. Sin embargo, en la misma Exhortación Apostólica que estamos citando, advierte de dos precauciones que se deben tener: por una parte tener presente que la cultura actual está escindida del cristianismo y, no pocas veces, de los valores propiamente humanos y, segundo, que hay que tener una especial consideración respecto al hecho de que las culturas son diversas, que no hay una sola cultura, por lo que se hace necesario diferenciar sus exigencias de evangelización, prestando especial atención a la cultura local³⁰.

La labor evangelizadora exige no sólo del cuidado de los pastores sino, especialmente, de los laicos que deben estar presentes “con la insignia de la valentía y la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura”³¹. Este llamado es claro y específico respecto de la labor que debemos asumir los cristianos respecto de la cultura: ser proactivos, vale decir tomar la iniciativa en los cambios culturales que sean necesarios como base de sustento de los cambios en la vida personal y social, sin olvidar que el “punto central de toda cultura lo ocupa la actitud que el hombre asume ante el misterio más grande: el misterio de Dios”³². En este sentido el hombre es tanto hijo como padre de la cultura en la que está inmerso³³.

Esta consideración es relevante cuando se trata de superar las carencias que afectan a significativos sectores de la sociedad. La sociedad requiere, para la superación de la pobreza, de “una cultura que hace aumentar la confianza en las potencialidades humanas del pobre y, por tanto, en su capacidad para mejorar la propia condición mediante el trabajo y contribuir positivamente al bienestar económico”³⁴. Con esta afirmación se dan dos consideraciones sobre el cambio cultural: por una parte que los pobres sean verdaderos protagonistas de su crecimiento y de su historia y, por otro, evitar la cultura de asistencialismo³⁵ con que muchas veces se intenta solucionar su situación de pobreza pero que, en definitiva, sólo la prolonga en cuanto a una forma de pensar en que sólo se ven como sujetos recepto-

²⁹ JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Christifideles Laici*, 1988, n 44.

³⁰ *Ibidem*, 63.

³¹ *Ibidem*, 44, CA, n 51.

³² Cf. CA, n 24.

³³ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Fides et Ratio*, 1998, n 71.

³⁴ Cf. CA, n 52.

³⁵ *Ibidem*, n 48.

res de beneficios y no como aportes que tanto les permite salir de una condición material denigrante como que les brinda la posibilidad de sentirse verdaderamente dignos.

Respecto del desarrollo afirma que éste no “es sólo económico, sino también cultural, político y simplemente humano” y que el no lograrlo parece ser el resultado de “una concepción demasiado limitada, es decir, prevalentemente económica, del desarrollo”³⁶ –crítica que retomará Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in Veritate*–. De ahí que, al momento de enfrentar tanto la evangelización como el desarrollo mismo, se deban considerar las diferencias culturales y de valores³⁷ de los distintos grupos de población, ya que cada uno de ellos tiene condiciones diferentes que inciden tanto en la una como en el otro.

Benedicto XVI y los problemas actuales para la evangelización de la cultura

Las tres encíclicas del Pontificado de S. S. Benedicto XVI abordan, de manera directa e indirecta, los problemas culturales de la sociedad contemporánea. En ellas se puede encontrar un tratamiento que, en continuidad con los avances de sus predecesores, profundiza y expone con mayor claridad los obstáculos y problemas que la cultura –y las culturas– presentan a la labor evangelizadora de la Iglesia en el momento actual.

La encíclica que aborda de forma más directa el tema cultural es la *Caritas in Veritate*, en la que denuncia aquellas culturas –no necesariamente referidas a etnias o nacionalidades– que teniendo un trasfondo religioso no llevan, sin embargo, a la comunión entre los hombres, sino al aislamiento en la búsqueda del bienestar individual³⁸. En esta búsqueda de “gratificar las expectativas psicológicas” el sujeto queda en una situación de soledad, “una de las pobreza más hondas que el hombre puede experimentar”³⁹. Pero no es sólo aislamiento entre los hombres sino, principalmente, la cerrazón a la dimensión religiosa, a la nueva fe en que el hombre es autosufi-

³⁶ JUAN PABLO II, *Carta encíclica Sollicitudo Rei Socialis*, 1987, n 15.

³⁷ *Ibíd.*, n 14.

³⁸ BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Caritas in Veritate*, 2009, n 55.

³⁹ *Ibíd.*, n 53.

ciente y que, por lo tanto, no necesita de ningún Fundamento⁴⁰ superior a él. A esta forma de concebir al hombre es lo que conocemos como Modernidad, que si bien rescata características valiosas del ser humano, como la autonomía y la responsabilidad, termina anulándolo bajo el absolutismo de la técnica, incapacitándolo para percibir y valorar todo aquello que no se explica con la pura materia y la razón⁴¹.

S.S. Benedicto XVI se ocupa de resaltar las diferencias que existen entre los problemas que estaban presentes tanto durante el Vaticano II como en el Pontificado de S. S. Pablo VI. Con esto nos llama la atención a estar atentos a que los signos de los tiempos son cambiantes por la misma naturaleza del hombre. La primera diferencia importante en nuestros días se refiere a que en los años sesenta las culturas particulares todavía estaban bien definidas en los grupos sociales, de forma que podían defenderse de la homogenización⁴² que hoy impone el proceso de globalización. Hoy, en cambio, se da más bien un eclecticismo cultural que lleva a la pérdida de la identidad, ya que las culturas se dan superpuestas unas a otras, como equivalentes e intercambiables, separando de este modo la cultura de la naturaleza humana, desconociendo que en la cultura es donde cada persona enfrenta las cuestiones fundamentales de la existencia. La homogenización termina por debilitar tanto la función de dar identidad como los vínculos que en ella se generan y que, finalmente, son los que configuran el ser personal.

En esta misma encíclica toma nuevamente un tema ya anunciado por Pablo VI en cuanto a que el Evangelio debe encarnarse en las culturas⁴³ para así evangelizar a los hombres que viven en cada una de ellas. Es de suma importancia, entonces, que los pueblos puedan conservar sus culturas propias, las que les dan identidad. De ahí que no sea un problema menor tanto el intento de homogenizarlas como la intención implícita de que hay una superioridad de una cultura sobre otra y, por ello, con el derecho a suprimirla. El multiculturalismo no es un empobrecimiento del ser humano, sino una convergencia ética⁴⁴ desde diferentes horizontes. La fe cristiana se encarna en las diversas culturas pero, al mismo tiempo, las lle-

⁴⁰ *Ibídem.*

⁴¹ Cf. *CV*, n 77.

⁴² *CV*, n 26.

⁴³ *Ibídem*, n 59.

⁴⁴ *Ibídem.*

va a trascender más allá de sí mismas, ya que una cultura que no es capaz de brindar esta trascendencia termina por reducir al hombre al mero dato cultural⁴⁵.

La relación de la evangelización con las culturas trata, en definitiva, del cómo asumir sus condicionantes sin que ellas sean un impedimento, sino el punto de partida con el que se inicia el diálogo mutuo. Sin cultura que sustente a los hombres no hay evangelización posible; de ahí la visión más bien crítica del proceso de globalización, que hace en esta encíclica, en tanto éste conlleva tanto la homogeneidad cultural –con la consiguiente supresión de culturas y subculturas– como la implantación de una cultura que se estima superior y que se centra más bien en la dimensión económica y en modelos competitivos⁴⁶, que terminan por reducir la cultura a la tecnología y a los beneficios de corto plazo⁴⁷. De este modo se rebaja la cultura a una homologación de comportamientos y a una relativización de la cuestión cultural⁴⁸.

Aún cuando esta encíclica es la que habla más directamente de la cultura, también las otras dos, anteriores a la hasta ahora comentada, abordan también el tema de los modelos imperantes en la sociedad actual. La encíclica *Deus Caritas est* aborda el tema del amor, justamente como respuesta a la soledad en que nos deja el aislamiento individualista de la modernidad. Tanto es así que, usando una expresión inaugurada por S.S. Juan Pablo II, se refiere a ella como la anti-cultura de la muerte⁴⁹. Este concepto que se encuentra ligado a la antropología cristiana, como antítesis de la soledad, es la que desarrolla a propósito de los diferentes tipos de amor con los que nos desarrollamos en la vida. El concepto antropológico de hombre para el encuentro lo desarrolla con posterioridad en la encíclica *Caritas in Veritate*, especialmente al insistir en el carácter relacional del ser humano⁵⁰.

La segunda encíclica, *Spe Salvi*, está dedicada a un tema que, a primera vista tiene un carácter eminentemente religioso. Sin embargo, su contundente afirmación de la esperanza como constitutivo del hombre y de su historia, es una respuesta a lo que algunos llaman la Modernidad tardía

⁴⁵ CV, n 26.

⁴⁶ *Ibíd.*, n 37.

⁴⁷ *Ibíd.*, n 32.

⁴⁸ *Ibíd.*, n 26.

⁴⁹ BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Deus Caritas est*, 2005, n 30.

⁵⁰ CV, n 42, 53-55.

y otros denominan Posmodernidad. En esta forma, o paradigma cultural, reina más bien un espíritu derrotista frente a la posibilidad de futuro. Hay una decepción que no admite más que el presente en tanto el único momento que se vive realmente. Contra este espíritu sin futuro y esperanza es que afirma: “Sólo la gran esperanza-certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor y que, gracias al cual, tiene para él sentido e importancia, sólo una esperanza así puede en ese caso dar todavía ánimo para actuar y continuar”⁵¹.

Sin embargo, el mismo Benedicto XVI advierte que en esta tarea evangelizadora de la cultura se debe tener un constante y sumo cuidado: el no caer en el fideísmo para contrarrestar la corriente secularista, ya que, “la verdad libera a la caridad de la estrechez de una emotividad que la priva de contenidos relacionales y sociales, así como de un fideísmo que mutila su horizonte humano y universal”⁵².

Aparecida y la cultura de nuestros pueblos

El tema de la cultura, tal como ocurre en el Magisterio Universal, es un tema que emerge gradualmente en la Conferencia Episcopal de Latinoamérica y el Caribe. Un primer aspecto que llama la atención en el documento conclusivo es su estructura misma, ya que se inicia con varias consideraciones tanto sobre el concepto de cultura como con algunos de los problemas de carácter universal que ella enfrenta, y concluye con un acápite titulado “Nuestros pueblos y la cultura”. Esta observación, antes de detallar algunas de sus afirmaciones, nos permite destacar la importancia que se le reconoce al tema cultural en la labor evangelizadora de la Iglesia.

Un segundo aspecto que destaca *Aparecida* es la posibilidad del encuentro entre las culturas autóctonas y el Evangelio⁵³, en cuanto en éstas es posible encontrar en las semillas del Verbo”. Pero, también señala que la sociedad contemporánea está sometida a un cambio de época cuyo nivel

⁵¹ BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Spe Salvi*, 2007, n 35.

⁵² CV, n 3.

⁵³ CELAM, *Documento de Aparecida*, 2007, n 4, 6, 7.

más profundo es el cultural⁵⁴. Este cambio cultural tiene connotaciones y rasgos que dificultan la labor evangelizadora en tanto también atentan contra la humanización de los seres humanos: no hay una concepción integral del ser humano⁵⁵, lo que resulta más grave porque resulta contraria a una de las funciones primordiales de la cultura, produce una crisis en el sentido de la vida, entendiendo ésta como “la hipótesis de realidad con la que cada ser humano pueda mirar el mundo en que vive”⁵⁶.

El paradigma cultural que se propaga tiende a una sobrevaloración de la subjetividad individual con el consiguiente debilitamiento de los vínculos comunitarios⁵⁷, se trata de una cultura sin Dios, que es reemplazado por los ídolos del poder, la riqueza y lo efímero⁵⁸. Con ello también aparece un clima cultural relativista⁵⁹ en tanto es cada individuo el que debe decidir de forma independiente de las tradiciones culturales y valóricas. En consecuencia, ésta es una cultura lejana y hostil a la tradición cristiana⁶⁰, aunque no por eso es capaz de extinguir la sed de Dios que termina por encontrar alguna satisfacción en una variada oferta religiosa. También hace notar, como característica cultural de la sociedad contemporánea, la fijación en el presente⁶¹, de forma tal que ni el pasado ni el futuro, más aún el futuro escatológico, tiene relevancia en las decisiones, actitudes y comportamientos individuales.

Luego de constatar el cambio cultural el documento muestra los orígenes y causas del mismo. El análisis se centra en el proceso de globalización, ya que afecta al mundo entero⁶², impactando en las culturas locales y en las autóctonas especialmente por el intento de reemplazar –y por lo mismo ocultar– el sentido divino de la vida humana⁶³, por una nueva visión de la realidad que, basada en la ciencia y la técnica, se quiere imponer como una auténtica cultura⁶⁴. Este fenómeno, en su intención de uniformar todas las

⁵⁴ *Ibídem*, n 44.

⁵⁵ *Ibídem*.

⁵⁶ *Ibídem*, n 37.

⁵⁷ *Ibídem*, n 44, 46, 51, 387.

⁵⁸ *Ibídem*, n 13, 315.

⁵⁹ *Ibídem*, n 22.

⁶⁰ *Ibídem*, n 10.

⁶¹ *Ibídem*, n 44.

⁶² *Ibídem*, n 34, 33, 43, 51, 57.

⁶³ *Ibídem*, n 35, 192, 194.

⁶⁴ *Ibídem*, n 45.

culturas en una sola⁶⁵, es una verdadera colonización cultural que busca una homogeneidad con desprecio de las culturas locales⁶⁶. Esta nueva situación, unida a los avances en el conocimiento y en las tecnologías, hace que la realidad sea más compleja, más opaca, con dificultad para encontrarle la necesaria coherencia⁶⁷ que dé seguridad a la vida. Las tradiciones culturales, al no ser transmitidas de una generación a otra, dejan sin experiencias vividas⁶⁸ a las nuevas generaciones que les permitan, a partir de ellas llenar las exigencias de su vocación a la plenitud.

Sin embargo, también destaca en el documento el aspecto positivo de este cambio cultural, indicando con ello que se debe buscar el punto de encuentro que permita tanto la inculturación como la evangelización de la cultura:

Entre los aspectos positivos de este cambio cultural, aparece el valor fundamental de la persona, de su conciencia y experiencia, la búsqueda del sentido de la vida y la trascendencia. El fracaso de las ideologías dominantes, para dar respuesta a la búsqueda más profunda del significado de la vida, ha permitido que emerja como valor la sencillez y el reconocimiento de lo débil y lo pequeño de la existencia, con una gran capacidad y potencial que no puede ser minusvalorado. Este énfasis en el aprecio de la persona abre nuevos horizontes, donde la tradición cristiana adquiere un renovado valor, sobre todo cuando se reconoce en el Verbo encarnado que nace en un pesebre y asume una condición humilde, de pobre⁶⁹.

Mención especial se encuentra en el documento a la cultura posmoderna y su influencia negativa por la fragmentación de la personalidad mediante la exaltación de lo desechable y provisorio, la incapacidad de asumir compromisos definitivos y la consiguiente ausencia de madurez humana y debilitamiento de la identidad espiritual⁷⁰.

⁶⁵ *Ibíd.*, n 41, 59, 96.

⁶⁶ *Ibíd.*, n 46.

⁶⁷ *Ibíd.*, n 36.

⁶⁸ *DA*, n 39, 258, 262.

⁶⁹ *Ibíd.*, n 52.

⁷⁰ *Ibíd.*, n 318, 321.

Frente a este panorama propone variados desafíos, comenzando por revisar nuestros lenguajes que suelen ser poco significativos para la cultura actual y, especialmente para los jóvenes⁷¹. Un segundo aspecto a tener en consideración, relevante en el documento de Aparecida, es tomar en consideración la complejidad cultural de América Latina con la presencia de culturas autóctonas y culturas traídas por las diferentes corrientes migratorias⁷², además de considerar las particularidades de las culturas urbanas que se han ido conformando⁷³.

El desafío queda planteado no sólo para las autoridades eclesíásticas sino también, con especial énfasis en las instituciones educacionales, escuelas y universidades⁷⁴, que deben favorecer la asimilación sistemática y crítica de la cultura para dar respuesta a las preguntas humanas⁷⁵ que son, en el fondo, el eje estructurante de todas las culturas y, por ende también de nuestra religión que ofrece las respuestas que nos confió el verdadero Mesías.

Bibliografía

- BENEDICTO XV, *Carta encíclica Ad Beatissimi Apostolorum*, 1914.
 BENEDICTO XV, *Carta encíclica Humani Generis Redemptionem*, 1917.
 BENEDICTO XV, *Carta encíclica Pacem Dei Munus*, 1920.
 BENEDICTO XV, *Carta encíclica In Praeclera Summorum*, 1921.
 BENEDICTO XV, *Carta encíclica Fausto Appetente Die*, 1921.
 BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Caritas in Veritate*, 2009.
 BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Deus Caritas est*, 2005.
 BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Spe Salvi*, 2007.
 CELAM, *Documento de Aparecida*, 2007.
 CELAM, *Documento de Puebla*, 1979.
 CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium et Spes*, 1965.
 JUAN PABLO II, *Carta encíclica Centesimus Annus*, 1991.

⁷¹ *Ibíd.*, n 100 d.

⁷² *Ibíd.*, n 56.

⁷³ *Ibíd.*, n 58.

⁷⁴ *Ibíd.*, n 329, 330, 341, 342

⁷⁵ *Ibíd.*, n 380; *FR*, n 1.

- JUAN PABLO II, *Carta encíclica Fides et Ratio*, 1998.
JUAN PABLO II, *Carta encíclica Sollicitudo Rei Socialis*, 1987.
JUAN PABLO II, *Carta encíclica Veritatis Splendor*, 1993.
JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Christifideles Laici*, 1988.
LEÓN XIII, *Carta encíclica Sapientiae christianae*, 1890.
PABLO VI, *Carta apostólica Octogesima Adveniens*, 1971.
PABLO VI, *Exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi*, 1975.
Pío X, *Carta encíclica Acerbo Nimis*, 1905.
Pío X, *Carta encíclica Il Fermo proposito*, 1905.
Pío X, *Carta encíclica Pascendi Dominici gregis*, 1907.
Pío XI, *Carta encíclica Rerum Omnium*, 1923.
Pío XI, *Carta encíclica Studiorum Ducem*, 1923.
Pío XII, *Carta encíclica Summi Pontificatus*, 1939.
Pío XII, *Carta encíclica Humani Generis*, 1950.
Pío XII, *Carta encíclica Ecclesiae Fastos*, 1954.
Pío XII, *Carta encíclica Fidei Donum*, 1957.

Artículo recibido el 7 de noviembre de 2012

Artículo aceptado 6 de enero de 2013